

Ramón Lapayese, en el Círculo de Bellas Artes

Me gusta la pintura de Ramón Lapayese. Me divierte y me compensa de la abrumadora avalancha de los hiperrealistas fotográficos, empeñados en retratar todas las nueces de este sufrido mundo y todas las manzanas de la tierra, y de la no menos notable falta de imaginación de aquellos otros que refugian su vacío interior en una decrepita y estética vanguardia, fallecida hace ya muchos años, y sostenida con un costoso proceso de hibernación.

Es la pintura de Ramón Lapayese rabiosa y alegremente personal. La realidad se convierte en "su" realidad. El sarcasmo y el lirismo se equilibran en su obra. La humanidad entera se convierte en teatro de guiñol, en sombras alargadas de sí mismas, empapadas de luz y de color.

No hay ingenuismo alguno en la pintura de Ramón Lapayese, sino desgarrar disfrazado de risa. Pintura sin matices, sin mezclas, violentamente pura, sin cadencias cromáticas ni lirismos forzados. Pintura de la farsa, del circo, del redoble gozoso del tambor. Pintura de la burla y de la sátira. Verbena de colores, con cajas de sorpresas, domadores, toreros, con gallos de pelea y muñecos de trapo y de cartón.

Lapayese es también escultor, pero a mí me parece que es su pintura la que influye en su escultura y no al revés, como siempre se ha dicho, porque opino que, fundamentalmente, Lapayese es un personalísimo pintor, que avanza día a día, eliminando imperfecciones y titubeos por su propio camino creador.

Mario Antolín. Diario Ya, Madrid 18 de Marzo de 1982.

